

CONECTADOS AL YO PROFUNDO Y HABITADOS POR DIOS

Lic. Graciela Senosiain

Este tiempo de pandemia nos interpela a consolidar nuevos modos de presencia para construir vínculos sanantes y sanadores.

De allí que nos interroguemos acerca de aquello que tenemos que comprender e internalizar, no sólo desde lo intelectual, sino básicamente desde lo afectivo y volitivo para realizar cambios que nos alivien este transitar este tiempo tan especial que vivimos.

En el prólogo del evangelio de Juan, leemos: “Y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). Es allí donde puso su morada, su condición y un tipo de comunicación que facilitó la comunión.

Se trata de conectar con nuestro yo profundo, allí donde habita Dios y su reino, y no, tal como lo expresa Dolores Aleixandre en su obra “La hendidura de la roca”, conectar con un yo superficial donde en él, nosotros somos dios, y nuestros reinos son la pulsión de muerte, un narcisismo asfixiante y un miedo paralizante que nos encierra sin permitirnos asumir riesgos creativos.

Conectar con nuestro yo profundo nos permite: *liberar del corazón las fuerzas del amar.*

Tener entre nosotros, y en este tiempo, un tipo de presencia como tuvo María en las Bodas de Cana. *Estuvo* y en ese *estar* desplegó una atención plena, amorosa, inteligente, que le permitió ver lo que faltaba, acudir a Jesús, escucharlo, al decir que no era su hora y fundamentalmente pedir al resto que lo sigan, que hagan lo que Él les diga.

Se trata de “no distraerse”, de mantener un estado de atención elevada que nos permite desplazarnos hacia nuestra interioridad y desde allí vincularnos. Ir más allá de lo superficial, asumir una quietud de retiro; en términos del P. Cencini sería asumir una postura de ‘docibilidad’.

La máxima actividad, en una profunda pasividad a la espera de lo que la realidad requiere de mí, abiertos a dejarnos tallar por ella, permeables a lo que la vida espera de nosotros, y por sobre todo, atentos a aquello que nos exigen los vínculos en este momento, para que este tiempo de pandemia no haga que afloren en nosotros cuestiones relacionadas a la violencia interpersonal.

Todo esto ha de permitir re-significar nuestra presencia y nuestra vocación. Vivir nuestros carismas particulares en el contexto actual.

Advertir, ¿qué vinos se han terminado, en esto que hoy se denomina: “la nueva normalidad”? Y desde allí volver a descubrir con sentido renovado la propia vocación, invitados a vivir el sueño de nuestras fundadoras/res desde la experiencia del encuentro con Jesús y la Palabra en el entorno actual. Sin perder la alegría y la Pasión por Jesús y re creando el entusiasmo por anunciar el Reino de Dios.

En este tiempo es imposible no cambiar, es imposible no preguntarnos hacia dónde vamos, a la vez que es fundamental recordar que la *incertidumbre* nos *atraviesa* pero la *esperanza* nos *guía*.

Se nos impone el cambio y de manera permanente nos enfrentamos a retos que nos piden, que nos exigen dejar ir todo aquello que no es esencial, como condición para que emerja un futuro impregnado de humanidad. Es una especie de punto crítico en la vida que nos interpela a ver, descubrir, aprender los hechos esenciales de la misma, para que estos, no sean vividos al tiempo de nuestra muerte. Se trata de poner delante de nosotros, meditar, sobre aquello que es realmente esencial en la vida.

Y una vez conectado a este yo profundo, tener una mayor claridad sobre lo que quiero ofrecer al mundo. Respondiendo aquella pregunta que V. Frankl nos plantea cuando habla de la libertad y expresa, ¿qué espera la vida de mí?

Recordemos que nuestro yo tiene dos dimensiones ¿Quién soy yo hoy?, mi yo actual y, ¿quién quiero ser en el futuro? ¿Cómo emerger fortalecido? Y en el diálogo de ambos ir consolidando el sentido del viaje de la vida.

Se trata de un tipo de atención, intención y presencia. Aquí lo fundamental no es el *qué*, ni el *cómo*, sino el desde *dónde*. Ese *dónde*, supone, mirar con ojos nuevos, desde la experiencia del descubrir y sintiendo esta nueva realidad, observándola desde otros ángulos.

Supone además un nuevo tipo de escucha, despojada de juicios, no solo atenta a datos, empática, y generadora, en el sentido de reconocer como me transforma el intercambio con el otro/a. Requiere de un dialogo que interpela y genera una búsqueda del bien del grupo en su totalidad.

Un modo de conversación que se aleja de ser solo “bien educada”, ni centrada en uno solamente, como tampoco sólo en la realidad, ya que el riesgo es que se

sustente en la dureza de reglas, normas. Se requiere una atención centrada en el intercambio con el otro y desde un yo integral generador de vida.

Se nos impone como fundamental un tipo de cuidado, caracterizado por la necesidad de construir sin ceguera, con una visión amplia, sin estar atrapados en una única verdad, imponiendo una economía de destrucción vincular.

Si tenemos en cuenta, que sólo el encuentro con la otredad nos trae un gran alivio en la tensión, no podemos descuidar los vínculos. Recordemos que la ruptura vincular y la soledad son un modo de muerte. Es desde aquí que podemos hablar de dar a luz un nuevo tipo de vincularidad, habitados por Dios, en contacto con nuestro yo profundo, atentos como María en Cana, dejando ir todo lo que no es esencial y permitiendo que advenga todo lo que la vida, Dios y el Reino espera de nosotros, no centrados únicamente en *hacer* las cosas bien, sino centradas en el *hacer el bien*.

Para finalizar, comparto un párrafo de una canción de J. Sabina que dice:

“Amor se llama el juego
En el que un par de ciegos
Juegan a hacerse daño
Y cada vez pero
Y cada vez más rotos
Y cada vez más tú
Y cada vez más yo
Sin rastro de nosotros”

===